

Joaquín Carbonell, 50 años sobre los escenarios

Joaquín Macipe Costa
Fotografías del archivo personal de Joaquín Carbonell y
de Joaquín Macipe



Joaquín en Alloza, 1972.

Este año 2019 el polifacético cantautor allocino Joaquín Carbonell celebra su 50 aniversario sobre los escenarios y con motivo de esta celebración otro polifacético músico comarcano, el ariñense Joaquín Macipe, lo entrevista, de músico a músico, para el BCI.

He quedado con Joaquín en el Hostal Los Arcos de Ariño. Viene de Alloza, ha estado visitando a su madre, que ya cuenta con más de 100 años y, según me contará luego, sigue paseando a diario. Quince minutos antes de la cita me llega un mensaje: "Acabo de llegar, un poco adelantado". Siempre puntual este

Carbonell. Voy algo preocupado. Entrevistar a alguien que, a su vez, ha entrevistado a 7000 personas da bastante reparo. Intenta tranquilizarme: No pasa nada, solo hay que dejar que fluya y, sobre todo, escuchar al que tienes enfrente.

Y de paso me recuerda la entrevista que me hizo hace años, con motivo de la escultura que planté en su pueblo, y también las que hizo a mi hermano (yo pienso que no es posible que se acuerde de todo lo que ha escrito, pero parece ser que sí).

-En Aragón, si no te ha entrevistado Carbonell, no eres nadie -me dice con bastante guasa.

50 años sobre los escenarios son muchos años, no puede quedarte mucho por hacer.

No me queda nada y me queda todo... Quiero seguir haciendo las cosas que vengo haciendo, escribir novelas, biografías, rodar documentales, dar muchos conciertos... Me inventé Los Tres Norteamericanos para los lunes y los martes que estaba parado. Mira, ya tengo dos empresas, "Joaquín Carbonell" y "Los Tres Norteamericanos". Realmente no me queda tiempo para plantearme más cosas...

Vamos, que no has perdido la ilusión ni las ganas de cantar.

Es que me lo paso muy bien. Tenemos un oficio en el que te aplauden cada tres minutos, a veces, incluso antes de empezar a cantar también nos aplauden. En ocasiones hasta nos pagan, ¿qué más se puede pedir?

Claro, tú eres de los que han vivido de la música.

No, no... de la música no he vivido casi nunca. Viví de la música en la década de los setenta, en el ochenta todo eso se acabó, pero durante ocho años más o menos sí que vivíamos de esto (y eso que la mitad de las veces tocábamos gratis, para compañeros en huelga y cosas así). Piensa que en la época de "la euforia", un mes de agosto podía hacer 25 o 30 bolos. Además, de punta a punta de Aragón... Hoy en el Serrablo y mañana en Albarracín.

Y todo esto en plena transición, ¿cómo era tu relación con las "autoridades"?

En realidad, nunca se metieron con nosotros. Sabían que en ese momento éramos una especie de símbolo. Nunca nos detuvieron, ni nos llevaron al cuartelillo. Sabían que teníamos a mucha gente detrás y no les interesaba. En eso fueron listos (y mira que para otras cosas eran muy torpes).

En aquel momento hubo una explosión de "cantautores protesta" en toda España, pero quedáis pocos en activo y no parece que haya relevo a la vista.

En Aragón estoy yo solo, hasta Eduardo Paz se ha retirado. Y tampoco veo gente joven que empiece en esa línea...

A lo mejor es que ya no hace falta esa protesta social

Yo pienso que más que entonces. Entonces las cosas estaban muy claras: o estás con Franco o contra Franco, con la dictadura o contra ella. Blanco o negro.

Hoy en día la dictadura es muy sutil (*señala los móviles que ambos tenemos en la mesa*). La dictadura es esta, ahí la tienes. Las redes sociales, la globalización es la dictadura. Lo han logrado. Nos han vuelto tontos a todos con esto (*coge el móvil con el pulgar y el índice*) y nos olvidamos de lo que le pasa al vecino. Estamos en las redes sociales diciendo lo que nos gusta y lo que no..., pero no salimos a la calle.

Nos han derrotado. Y hace falta que alguien lo diga.

(*Joaquín hace en este punto un silencio, parece que repiensa lo que acaba de decir*).

Tampoco tendría sentido hacer la canción protesta de entonces...

En ese momento lo hacíamos porque la gente no tenía otra opción para enterarse de lo que pasaba y porque era la única forma de juntarse legalmente. Hacer volumen, dar miedo. Salvo en los conciertos, no podían reunirse más de cinco personas. Aunque no te gustase el que cantaba, los recitales eran la excusa para juntarse cientos de personas. El hecho de ver a un señor en un escenario diciendo cuatro cosas a la gente le levantaba la moral.



Retrato de Joaquín Carbonell realizado por Judith Prat.

Volvemos a los inicios. ¿Cómo te da por empezar a cantar?

Yo llevaba desde los 15 años trabajando de botones en un hotel de Sitges, ya había dejado los estudios.

Empiezo a cantar en la Orquesta Bahía de Alloza de segundo vocalista a los 16 años. Aunque ahí no decidí aún dedicarme a esto de la canción. Yo trabajaba de camarero en la costa y cuando se cerraban los hoteles, en invierno, volvía a Alloza y cantaba en la orquesta, porque era muy divertido. Ni siquiera me pagaban. Y cuando no cantaba, trabajaba en el molino de aceite de mi familia.

Es decir, dejaste de estudiar muy pronto; sin embargo, siempre has estado ligado al mundo de la cultura. ¿Qué fue lo que te pudo reconducir en esa dirección?

Esto solo se entiende si hablamos de Teruel, donde encuentro a unos profesores. Hasta ese momento, aunque me gustaba la lectura y, sobre todo, la música, yo no tenía la sensación de estar educándome culturalmente. En los pueblos, en esa época, no había posibilidad de acercarse a la cultura.

La cultura, con mayúsculas, yo la descubro en Teruel, en el año 1966, con Labordeta, José Sanchis Sinisterra, Eloy Fernández... Empiezan a hablarme de autores, de historiadores y descubro algo que empieza a gustarme, probablemente porque lo explicaban de otra manera. El mérito que tuvieron esos educadores fue que me hicieron gozar con ello.

Luego, por las tardes, teníamos un grupo de teatro, allí ensayábamos obras de Lorca, de Cervantes... Eso que me pasó a mí fue una fortuna, eso no ocurría en ninguna otra parte de España. El colegio de San Pablo era especialísimo. Teníamos un taller de música y, por ejemplo, venía Sanchis Sinisterra y nos ponía lo último en el mundo a nivel musical. Ahí descubro a Jacques Brel, a Brassens, a Atahualpa Yupanqui, a Raimon... Nos hicieron amar la cultura.

Hace un momento has nombrado a Labordeta, y es evidente que ha tenido una influencia enorme, yo creo que en todos los aragoneses...

En mí más, que fue mi profesor...



Joaquín con solo 15 años estuvo trabajando como botones en un hotel de Sitges.

Me gustaría darle la vuelta a la pregunta... ¿Qué le aportaste tú a Labordeta?

(Me mira sorprendido..., quiero creer que soy el primero que le hace esa pregunta).

Le aporté modernidad. Yo venía de los hoteles... Ya te he dicho que había dejado de estudiar, pero a los 17 años mi padre me convenció para retomar los estudios y es cuando fui a Teruel... Yo venía de Sitges y le ponía música moderna, de la que José Antonio no tenía ni idea. Él me hablaba de jazz y yo le hablaba de Santana y de los Beatles... Él nos hablaba de cultura, de jazz, de filosofía..., nosotros de modernidad. Éramos una cuadrilla de 5 o 6 alumnos, a los que los profesores nos invitaban a tomar café a sus casas después de comer. Como una especie de prolongación de las clases de la mañana en una actividad más distendida. Nos trataban como a adultos... Jiménez Losantos, por ejemplo, tenía entonces 16 años y siempre consideró a Labordeta como a un segundo padre. Federico dijo hace poco "Teruel era lo más moderno de España en esa época, pero España no lo sabía... y Teruel tampoco".

Y hablando de discos... Has grabado 15 discos.

¿Quince? No lo sé...

(Aquí hago alarde de mi buen trabajo previo de documentación).

Sí, sí, quince, que me he documentado. El primero fue *Con la ayuda de todos*, en 1976. ¿Cómo se hace para grabar un disco en la España de 1976?

Y en dos días...

(Ahora soy yo el sorprendido).

¿Diez canciones en dos días?

Día y medio para grabarlo y medio día para mezclar... 16 horas en total. A mí me dijeron en RCA "Tienes dos días". Como si me dicen dos horas. Yo no sabía nada. Se grabó en directo, todos a la vez... Y es mi mejor disco.

(Me sorprende la rotundidad de la afirmación).

Está Pascual, *Me gustaría darte el mar*, *La peseta*. Mira que han pasado años y son las canciones que me siguen pidiendo.

En realidad, no es algo tan raro. El primer disco te pegas diez años componiéndolo, te ha dado tiempo de pulir, de elegir canciones, de mirarlo... De repente firmas un contrato de 4 discos, y el segundo lo tienes que grabar un año después y no tienes canciones. El segundo disco suele ser el peor.

En tus discos le das a todos los palos... Tienes blues, rock, rap, rancheras, boleros...

Eso me viene de la orquesta. Yo cantaba de todo y todo me gustaba, en todos los géneros hay buenas canciones. Yo no hago un género, yo hago canciones. Cuando escucho una buena canción no me importa de qué género es. Solo hay dos tipos de canciones. Las buenas y las malas.

Tú compones mucho, últimamente, a partir de acontecimientos, de momentos...

De que pasen cosas que me hagan reflexionar de alguna manera. *Dimitris*, *El carbón es todo negro*, *De Teruel no es cualquiera*, *El sonajero de Martín*... A veces tengo la sensación de que ya lo he cantado todo. Por eso el tema me tiene que estimular mucho. Nunca he compuesto forzado... En realidad, yo podría hacerte ahora mismo una canción, tengo oficio para en un momento hacerte una mala canción. Ahora, una que me guste no.

Cuando te pedí permiso para tocar con Ocelot la *Canción para Dimitris*, me dijiste: "Las canciones son del que las canta". Y hay una canción en concreto que enseguida fue de todo un pueblo: "El carbón es todo negro". Recuerdo que había una manifestación minera un sábado. Me mandaste la canción un viernes por la noche en mp3 y esa noche la canción circuló hasta el punto de que la primera vez que la cantaste en público ya se la sabía todo el mundo.

Sí, me quedé asombrado... Al ver a toda esa gente cantando una canción que había grabado el día anterior, ¿cómo es posible?... Eso es la canción popular. La canción que deja de ser de su autor para pasar a ser de un pueblo.

Más que "canción protesta", yo hago canción popular. Pero entendiendo que también es canción popular un bolero, una ranchera...

Si a mí me deja una tía, también hago una canción de "desamor", como todo el mundo.

A mi edad, sería traicionarme a mí mismo si dijera "tengo que hacer canciones por narices".

Además de Sabina, Bob Dylan, Cohen..., también ha tenido importancia en tu trayectoria vital un joto como José Iranzo. ¿Qué supone para un cantautor un personaje como el Pastor de Andorra?

El Pastor de Andorra forma parte de mi archivo sentimental. Todos los años venía a Alloza a participar en una ronda por las calles, contratado por los quintos. Le acompañaba la rondalla del pueblo. Y como a mí, de niño, ya me gustaba tanto la música, yo seguía a la ronda por todas las calles, y me asombraba de esa voz prodigiosa. Fui aprendiendo a amar esa jota, un folclore expuesto de forma natural, en su sitio, no de manera forzada, ni encorsetado para que encajase en un espectáculo destinado a un escenario.

Luego pude intimar con José Iranzo, visitarle en su masada y escucharle de manera espontánea, al lado de las ovejas, cantar

jotas como "Tendí la manta en el monte / y se me llenó de flores. / Bendita sea la madre / que nos parió a los pastores". Eso es un privilegio, un gozo insólito.

José me parece un personaje único, un filósofo popular que nunca quiso ser lo que no era, dotado de un ingenio creativo como he conocido pocos.

Los Tres Norteamericanos... Lleváis ya cuatro años con ello, ¿cómo surge semejante aventura?

La verdad es que son cuatro años que han pasado sin darnos cuenta. Todos venimos del mundo del dadaísmo, de la controversia, y que somos los tres de la Ribera Alta y eso une mucho. Encontré a David Giménez, que es mi alma gemela. En cuanto lo conocí dije "con este quiero trabajar". David es pura creatividad, es un genio. Es incapaz de guionizar nada, sube al escenario y dice lo que se le ocurre. Y al lado está Roberto "Granbob", que pone la parte seria y ajusta las estructuras musicales. Una combinación perfecta.

Lo cierto es que es un espectáculo que funciona muy bien. No tocamos canciones malas, son antiguas, pero no son malas... Bueno, también tocamos alguna cosa casposilla, como *Mi limón*, *mi limonero* y *Viva la gente*. Pero ahí vamos de chungu. Ahora David quiere cantar *Es una lata el trabajar*, que ya le he dicho que cuidado, que empezamos a caer bajo... A cambio, Arrazola va a tocar *Johnny be good*.

Tendremos que hablar de proyectos inmediatos. El día 2 de diciembre en el Principal vas a grabar un disco en directo. Pero ya sacaste un recopilatorio hace un par de años.

Sí, se llamaba *Una vida y 19 canciones*, y no, no era un guiño a *19 días y 500 noches* de Sabina. Simplemente es que no cabían más. Si hubieran cabido 20, hubiera llevado otro título.

Oye, al final me quedo con que he escrito al menos 19 canciones que se pueden escuchar. No está mal para un chico de Alloza, sin formación.

A mí nadie me dijo nunca cómo se escribe una canción. Yo tocaba canciones de otros, pero en Teruel Sanchis Sinisterra nos dijo a Labordeta y a mí que teníamos que ponernos a escribir canciones. Pusimos música a algunos poemas de Lorca y cosas así, pero no, había que componer letra y música.

Mi primera canción fue la *Canción del olivo*. (*Nuevo silencio pensativo*) Aún la sigo cantando ahora y no me da vergüenza.

Y además cantas bien, hay gente que triunfa más por su actitud, por sus letras, pero que no destaca por la voz...

Canto muy bien (*risas de nuevo*). Y la prueba es que en Los Tres Norteamericanos soy capaz de cantar cualquier cosa.

Hay cantautores que solo son capaces de cantar sus canciones. Los "antiguos" sabemos cantar de todo, porque venimos de eso, de cantar todo lo que sonaba en la radio. Sabina es uno de ellos. Cuando tenía voz, cantaba muy bien. Yo he estado con él en su casa, cantando canciones de este tipo, por la noche con una guitarra. Dos horas estuvimos. Hasta lo grabé en un *cassette* de los de entonces. Una pena que se me perdiera en alguna mudanza, ese documento hoy valdría su peso en oro.

Vamos a despedirnos..., pero no quiero dejar de pasar la oportunidad para saber cómo ves tú el futuro de este territorio.

Veo que la cosas están difíciles, la verdad. La gente quiere vivir donde hay gente. Si te vas a vivir a un pueblo tendrás mucha

tranquilidad, pero si no te gusta la tranquilidad vas a estar muy incómodo. A la gente le gusta el ruido y el follón, porque es para lo que nos han educado.

El futuro de Teruel pasa por vender lo que nos hace diferentes: un paisaje único, una tranquilidad única, el jamón, el queso, el aceite, la buena gastronomía, nuestro patrimonio cultural... Hay que aprender a vender eso, no aspirar a poner grandes industrias. Intentar copiar el modelo urbano en los pueblos es como si la televisión aragonesa intentase ser Telecinco.

Hay que aprender a querernos, a estar orgullosos de nuestros pueblos y evitar la amargura y el pesimismo. Yo no soy economista, ni nada de eso... Todo lo que sé es de patearme los pueblos de Teruel y me he dado cuenta de una cosa: todo el mundo quiere mucho a su pueblo.

Y no te olvides de la cultura. En los pueblos se tiene que hacer cultura. Como hacéis, por ejemplo, en Ariño. La cultura no debe ser una cosa que venga de fuera, no es algo de los señoritos que vienen aquí a ilustrar a los "paletos". La cultura tenéis que seguir haciéndola vosotros. Como todo lo demás. Nadie va a venir a solucionar nada. Seréis vosotros los que tenéis que solucionarlo, desde abajo.

Joaquín, muchas gracias por tu tiempo, por tus palabras y por tu sinceridad.

He hablado demasiado, siempre hablo mucho (*risas*).

Aquí apago la grabadora y nos damos un fuerte abrazo. Joaquín se empeña en pagar los cafés y quedamos en vernos el día 2 de diciembre en el Teatro Principal de Zaragoza. Esa no me la pierdo.



Carbonell en el Repecho Rock, Ariño, donde cantó junto a los mineros *El carbón es todo negro*, que se convirtió de inmediato en todo un himno para el pueblo de Ariño.